

## **BINARIO INCENDIARIO**

### **Bruno Timarchi Ynoñán**

—Buenas. Un Lucky Light de diez, por favor.

“ENE 4”. Esas letras y números no tienen significado para mí, aunque, por lo que he escuchado, en esa fecha caduco. La noticia no tiene importancia; total, hay otros nueve iguales a mí. Conmigo, este grupo de diez, agrupados en una caja, es igual a otro del mismo número, agrupados de la misma forma; así, hasta formar una producción en serie.

Vestimos ternos blancos, que amontonan y comprimen todo lo que somos. La manga izquierda del saco tiene un círculo rojo —el logo de nuestra empresa—; la basta del pantalón, una franja plateada. De blanco también nuestros zapatos. Lo bueno es que son cómodos, tienen algodón. Algunos aseguran ser diferentes a los demás porque los colores de su vestimenta son distintos, pero simplemente pertenecen a otra producción en serie o a otra empresa. Su visión está atrofiada, solo se concentran en su especialidad.

En nuestro mundo hay dos tipos de seres: los que quieren ser consumidos y los que quieren ser fumados. No caeré en la pedantería de decir con seguridad que el optar por una u otra actitud es debido a la formación recibida en casa, en el colegio, en la universidad, etcétera. Las cosas son simplemente así. El primer tipo de ser es un producto, no hay más vuelta que darle. Además, es una inferencia lógica, y de las más elementales. El detalle, dramático detalle, es que van a asegurar hasta la muerte que son ellos los fumados y uno, el consumido, el que caduca; son solo ellos los que trascienden de ese consenso. “Si se consume, se vive”, ese es su esquema. El de nosotros: “si se consume, se es consumido”. Esto se presta a tergiversaciones. Siempre hay extremistas. No decimos

que sea malo consumir, pero los extremos destruyen. Extremista, fume un poco de hierba y cálmese, despójese de sus romanticismos, estamos hablando de lo real.

Los que queremos ser fumados estamos conscientes de que nuestro interior está lleno de cosas malas. Sufrimos mucho, nuestro terno nos aprieta más porque estamos conscientes de que para eso está hecho —y también para mostrar algo que no somos, para que el otro diga “qué bien se ve, ioh, igual me veo yo!”—, pero esa trágica lucidez nos hace libres. Esa luz no es gratuita, hay que luchar para conseguirla, y el eterno contrincante es uno mismo. Hay que leer, ver películas, vivir (enamorarse)... El camino es largo, jamás se termina, por ende, la lucha tampoco. En el proceso uno se da cuenta de que está viendo el trabajo de otros que han estado fuera de la caja. Es difícil creerlo, pero hay un *más allá* (por favor, no se confunda este concepto con el de un paraíso después de la muerte). Hay más cosas detrás de esto a lo que, he escuchado, llaman “cajetilla”. Es en este féretro donde estamos, carentes de comodidad y luz, agrupados. Cada uno de sus lados (son seis) tiene diferentes nombres. No puedo decir con certeza a qué lado le corresponde qué nombre. Lo que puedo describir es que hay dos más grandes, el del frente y el reverso; dos a los costados, mucho más delgados pero del mismo largo y otros dos de piso y de techo, del mismo ancho que los dos más grandes pero igual de delgados que los de los costados. Los nombres son los siguientes: Pasado; Yo (¿o Tú?); Sociedad; Religión; Institución.

Hablando con uno de mis compañeros, que también se ha dado cuenta de su condición, me dijo que él ve otros nombres y en otra posición, aunque comparte algunos de los míos: Religión; Ceguera romántica; Sociedad; Soledad; Ignorancia. Es curioso que algunas veces vea aquellos otros nombres que no compartimos la primera vez; a él también le ha pasado lo mismo. Además, a cada uno le falta un nombre en uno de sus lados, es una incertidumbre tremenda. Pero el tormento más grande es que esta siempre parece esparcirse por la obscuridad que emana de las paredes, devorándose. Nuestro entorno se consume a sí mismo; sin embargo, es en esta autodestrucción donde reside su supervivencia. Terrible espectáculo.

Remitiéndome a mi pasado, recuerdo que yo he luchado por este terno. Aproximadamente veinte años de mi vida han clavado su mirada en la obtención de lo que ahora quiero despojarme, lo que, a su vez, me ha llevado a estar en esta situación.

¿Esto es lo que soy, mi trabajo soy yo? Qué clase de educación es esta, que me ha puesto aquí. La verdadera estuvo y está en mis tiempos de ocio; de ocio, que quede claro; no de vagancia.

Pero es cuestión de tiempo, sé que algún día seré fumado, solo espero que mi valentía sea lo suficientemente grande como para no aplazar este suceso hasta mi muerte... Es curioso eso de ser fumado. El terno se rompe y, cuando lo hace, todo lo malo de uno, que ha estado comprimido, se libera; pero en ese acto hay una belleza indescriptible. En todo lo malo hay algo de bueno, impalpable, incoloro, pero vivo; es lo que está dentro del humo, dentro de la incertidumbre. Luego, la belleza se esfuma porque el acto se esfuma, el humo se desvanece. Eso es bueno porque la belleza es otra construcción, otro canon. Ahora se es libre, se es verdaderamente uno. Lo decepcionante es que en este estado no se dura mucho, ya que no hay contexto que permita su supervivencia.

Faltando unas cuerdas para llegar a su casa, se detiene. Con paciencia inquebrantable, del bolsillo derecho de su casaca extrae una cajetilla, recién comprada. Rompe el plástico, la abre, arranca el papel color plateado. Saca un cigarro y lo dirige hacia sus labios, para sostenerlo. Cierra la caja. La regresa a su sitio. Guarda la basurita en su bolsillo izquierdo, para botarla luego. De esa misma cavidad hace brotar un encendedor. Lo pone a la altura del tubito blanco, que tiembla, quizás por el frío. Forma una cueva con su mano derecha, como quien va a llevar a cabo un ritual, una iniciación. Activa el artilugio, que bota desde sus entrañas una flama. El viento y el fuego parecen dialogar, como discutiendo. De pronto, a modo de conclusión de la tertulia, procede el crepitar del cigarro. El grito es desgarrador, algo en él está siendo incinerado.

El fumador aspira. El extremo encendido del cigarro se aviva. Sus pulmones sirven de ataúd. El humo sale, redimido. La danza de la belleza. Luego, esencia, impalpable, incolora. Luego, inclasificable.

La colilla yace ahora en el piso. Deja constancia de la liberación, en forma de vestigio.

Está a unos pasos de su casa. De su bolsillo izquierdo saca unas llaves. Introduce una en la cerradura, saca el seguro. Ingresa. Lo primero que ve es la pared blanca de su sala de estar.

Cierra la puerta.

## **NO SE PUEDE CORREGIR A LA NATURALEZA**

**Manuel Bernardo Pinedo Hoyos**

“Sube ahí”. Tenía que ser justo en el primer día. Debí poner el despertador, ahora voy a llegar tarde y si el profe no me deja entrar voy a tener que regresar a mi jato y habré venido a la universidad por las puras.

—*Chic chic chic* —sonaban las sucias monedas en la mano del cobrador.

—¿Onde? —me preguntó desinteresadamente.

—Universidad.

La misma combi cúster con un cartel de CALLAO-ATE en el frente, música desde tecno hasta huayno, los mismos cobradores ahorados con diferente rostro, los mismos asientos maltrechos y sucios, y es porque siempre es el mismo viaje. Subo. Me siento. Pago. Me bajo. Lo único que cambia son las personas que suben al carro.

Sigo por la avenida Arequipa y en el cruce con Risso sube una chica que me llama la atención. No era de esas que quedan en el clásico “ta buena”. Esta era algo diferente: tenía el cabello corto oscuro con las puntas de color azul brillante; un tatuaje en la nuca, de letras japonesas, que de seguro no decían “soy inocente”; vestía una casaca de cuero y un *jean* muy ceñido que realzaba la belleza de sus juveniles curvas. En pocas palabras, totalmente fuera de mi alcance. Y es que mi historial con las chicas no es muy alentador.

Con un nombre producto de una apuesta perdida en la despedida de soltera de mi madre, nací yo, Pinpín; una pequeña criatura con problemas de respiración y un sexto dedo en el pie derecho. Cuando estaba en Inicial empezó (o por